

los aliados en número de dos mil entre méxica y cempoalteca. Una legua más allá de la fortaleza entraron en un pinar espeso, en donde encontraron papeles é hilos enredados á los árboles y tendidos, obstruyendo el camino; era aquella una nueva imbecilidad de Motecuhzoma, quien había mandado á los sortilegos y hechiceros fueran de nuevo á encantar á los hombres blancos, haciendo sus conjuros para cerrarles el camino. El liviano obstáculo hubiera detenido el paso á los indios; los blancos cortaron los hilos con la espada, haciendo burla y donaire de los crédulos autores. (1)

Los cempoalteca encargados de pedir víveres y alojamiento para el ejército se adelantaron á Tecoac, pueblo ocupado por los otomíes; Tocopaxohiuili, señor del lugar, al oír tal demanda se puso en pie y con grande enojo les respondió: "Idos, no somos aquí vasallos ni de los dioses ni de Motecuhzoma; no quiero recibirlos, ni es mi voluntad darles nada." Apercibió en seguida á sus guerreros, saliendo al campo apresuradamente. (2) Andadas cuatro leguas, los dos de á caballo de la descubierta, al encumbrar una cuesta, vieron unos quince otomíes armados á su usanza, los cuales se pusieron á huir; llegaba á la sazón Cortés con otros tres jinetes, y mirando á los indios no hacer caso de las señales que para que parasen les hacían, los castellanos arremetieron á la carrera para tomar algún prisionero. Los guerreros otomíes mirándose alcanzados hicieron rostro, mataron de una cuchillada con el macuahuitl un caballo, cortándole á cercen el cuello, desjarretaron un segundo caballo que murió también, hirieron otros tres caballos y á dos caballeros: de ellos, cinco quedaron tendidos en el campo. Un jinete corrió á rienda suelta á dar orden á la infantería de apresurar el paso. Ya era tiempo. De una celada salieron como hasta tres mil guerreros combatiendo con sobrada bizarría; hízoles frente Cortés con ocho jinetes, poniendo en práctica la táctica adoptada para lances semejantes; no detenerse en alancear, sino llevar la lanza terciada á la altura del rostro de los indios y atropellar con todo el empuje del caballo. Los ji-

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. IV.—Torquemada, lib. IV, cap. XXVIII.

(2) P. Durán, cap. LXXII, MS.—Tezozomoc, cap. ciento diez, MS. P. Sahagun, cap. X, quien interpreta el nombre Tecoac: "lugar donde está la gente fiera y belicosa;" la traducción literal es, en la culebra de piedra. Desapareció el pueblo y en su lugar queda la pequeña hacienda de Tecoac, situada á un cuarto de legua al O. de Huamantla, Estado de Tlaxcala.

netes solos tal vez no hubieran resistido; pero sobreviniendo la infantería con la artillería y arcabucera, por los indios vista por primera vez, los hicieron apartar despues de un rato de pelea, retirándose al cabo en buen orden. Cuatro de los castellanos salieron heridos; de los otomíes quedaron muertos diez y siete, con gran número de lastimados. (1)

A poco de retirados los guerreros se presentaron al general ciertos emisarios de la república con dos de los embajadores cempoalteca, diciendo, "les pesaba el atrevimiento de aquellos bárbaros, quiénes habían combatido sin licencia ni noticia de la señoría; ésta deseaba su amistad y recibirle en Tlaxcala para servirle; si deseaba le pagasen los caballos muertos por ellos le mandarían oro y joyas." Respondióles Cortés agradeciéndoles la amistad, y ofreciendo ir como le convidaban. (2) Esta conducta dolosa de los tlaxcalteca era consecuencia clara de la resolución tomada; no los creyó Don Hernando, pues demasiado sabía cómo debían tomarse las palabras en guerra. Adelante una legua del lugar del combate pernoctó el ejército junto á un arroyo á fin de tener agua, no pasando de ahí por ser tarde é ir la gente cansada. Era un llano con labranzas de maiz y magueyales, mirándose cerca el abandonado pueblo de Tecoac. "Y con el unto de un indio gordo que allí matamos, que se abrió, se curaron los heridos: que aceite no lo había; y tuvimos bien de cenar de unos perrillos que ellos crían, puesto que estaban todas las casas despobladas, y alzado el hato, y aunque los perrillos llevaban consigo, de noche se volvían á sus casas, y allí los apañábamos, que son harto buen mantenimiento." El ejército pasó la noche en la mayor vigilancia con velas y escuchas, los caballos ensillados y enfrenados, todos listos para repeler una acometida. (3)

Al día siguiente, primero de Setiembre, el ejército se puso en marcha á la madrugada, llevando buena ordenanza. A la salida del sol, al pasar una honda quebrada ladró un perro en la des-

(1) Bernal Díaz, cap. LXII.

(2) En lo relativo á los embajadores cempoalteca damos la preferencia á Cortés contra lo asentado por Bernal Díaz.

(3) Cartas de relac. pág. 49 y sig.—Bernal Díaz, cap. LXII.—Gomara, Crón. cap. XLV.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. IV.—Torquemada, lib. IV, cap. XXIX.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. III.—Ixtlixochitl, Hist. Chichim, cap. 83, MS.

cubierta, acudió Lares el buen jinete, quien descubriendo unos indios mató á dos, buyendo los otros dos: á este mismo lugar salieron los otros dos embajadores cempoalteca llorando y diciendo: "los habían preso los tlaxcalteca para sacrificarles á su dios, aunque aquella noche habían podido huir de la cárcel desatándose el uno al otro; habían oído decir pensaban sacrificar á todos los blancos." (1) Mentira debió ser, pues todos aquellos pueblos guardaban con estricta fidelidad las inmunidades de los embajadores; acaso impacientes porque no los dejaban volver, huyeron disculpándose con una falsedad.

Poco más adelante salieron dos escuadrones de guerreros arrojando sus gritos de combate, tocando sus instrumentos bélicos, lanzando una lluvia de piedras y flechas. Cortés hizo alto. Con tres prisioneros tomados el día anterior mandó á decirles no diesen guerra, pues él quería su amistad y tenerlos por hermanos; al mismo tiempo mandó al escribano Diego de Godoy hiciera el requerimiento de estilo y de ello le diera testimonio, para que en ningún tiempo se le tomaran en cuenta los daños que se causaran. Quedando sin fruto ámbos procedimientos, el general dió la voz de Santiago y á ellos! trabándose una ruda pelea. (2) Aunque era mucho el estrago producido por la artillería, los arcabuces y las ballestas, y las arremetidas de la caballería desbarataban los pelotones de los guerreros otomíes, estos cerraban de nuevo sus filas, teniendo los castellanos de ir muy unidos; pues quienquiera separado de las filas parecía sin remedio sin poder valerle, teniendo muchos esfuerzos que hacer para no ser desbaratados. Tras algunas horas de pelea los tlaxcalteca comenzaron á retraerse en buen orden; perseguidos por los castellanos hicieron pié en un terreno quebrado sobre el cual no podía jugar fácilmente la caballería. Entonces notaron los invasores haber caído en una celada, pues se vieron rodeados por inmensa multitud, entre la cual se distinguían las divisas blancas y rojas de la capitania de Xicotencatl, con el estandarte de aquel bravo mozo dominado por una garza blanca con las alas tendidas, sobre un peñasco. (3) Entonces fué el mayor peligro; envueltos los

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. V.—Torquemada, lib. IV, cap. XXX.

(2) Bernal Díaz, cap. LXIII.

(3) Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcala. MS.

castellanos, sin el uso desembarazado de los caballos y la artillería, mucho trabajo tuvieron en mantenerse unidos siendo éste el único medio de no ser destruidos. Un grupo de otomíes logró apoderarse de la lanza de Pedro de Moron, detuvo á fuerza de brazos la yegua en que montaba, la cortaron el pescuezo de un mandoble, hirieron malamente al jinete y de él se apoderaron á no ocurrir en su socorro el grueso de los peones, costando diez heridos rescatarle, aunque no la muerte cabalgadura. Haciendo un gran empuje alentado por el intrépido Don Hernando, el ejército pudo atravesar el terreno quebrado empujando al enemigo hácia la llanura, en donde volvieron á recobrar sus ventajas los jinetes y las armas de fuego; aun así conservaron el campo los tlaxcalteca hasta una hora ántes de ponerse el sol, dando muestras al retirarse más de cansados que de vencidos. (1)

Las pérdidas de los beligerantes no pueden ser apreciadas con exactitud. Los tlaxcalteca cuidaban de retirar sus muertos y heridos. En cuanto á los blancos, Cortés escribe: "les hice mucho daño, sin recibir de ellos ninguno más del trabajo, y cansancio del pelear, y la hambre." (2) Bernal Díaz nos informa: "y desde nos vimos con vitoria dimos muchas gracias á Dios, que nos libró de tan grandes peligros; y desde allí nos retrujimos luego á unos cues que estaban buenos y altos como en fortaleza, y con el unto del indio que ya he dicho otras veces se curaron nuestros heridos que fueron quince, y murió uno de las heridas; y tambien se curaron cuatro ó cinco caballos que estaban heridos, y reposamos y cenamos muy bien aquella noche, porque teníamos muchas gallinas y perillos que hubimos en aquellas casas, con muy buen recaudo de escuchas y rondas, y los corredores del campo." (3)

Como observacion general para darse cuenta de las batallas en la conquista, se concibe ser los indígenas quienes sufrían el mayor y desastroso daño, atendiendo á sus flacas armas ofensivas y defensivas, su defectuosa táctica militar, su ignorancia absoluta en saber

(1) El número de tlaxcalteca salidos á la batalla varía en el cómputo de los autores: Cortés dice: más de cien mil; Bernal Díaz pone más de cuarenta mil; Gomara más de ochenta mil; Herrera más de treinta mil, &c. Estos números estimados á ojo, se abultan ó disminuyen á contento de los escritores.

(2) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 51.

(3) Bernal Díaz, cap. LXIII.

resistir la caballería. No debe perderse de vista la funesta costumbre contraída en sus guerras, de la cual hemos hablado repetidas veces en la historia antigua, expresada en estos términos por el historiador Prescott: "La pérdida de los españoles consistía principalmente en heridos, pues los indios de Anáhuac procuraban más bien que matar, coger prisioneros con que solemnizar sus triunfos y que sirviesen de víctimas en sus sacrificios; circunstancia á que no pocas veces debieron los cristianos la salvación de su persona." (1)

Los fatigados castellanos no se quedaron en la llanura, sino escogieron una altura coronada por un teocalli y llamada Tzompantzinco. (2) Los aliados de quienes se callan así las proezas como las pérdidas, se portaron bizarramente en la pelea, recibiendo por ello las felicitaciones del general: estaban destinados á ser los proveedores del ejército, y entónces fueron empleados en construir chozas de ramas para abrigo de la tropa, y en los dias siguientes construyeron algunas fortificaciones para hacer fuerte el asiento. Celebraron la victoria los castellanos con gran gozo, así como los aliados dando rrienda suelta á su alegría en bailes y regocijos. (3) También los tlaxcalteca se dieron por vencedores, anunciándolo así á los pueblos de la república al repartirles los pedazos de carne de la yegua muerta, y en hacimiento de gracias á Camaxtle le ofrecieron el sombrero vedijado y la carta misiva. (4)

Colocamos esta batalla en primero de Setiembre por la autoridad de Gomara, contra la de Bernal Díaz quien la fija en el dia dos, por conformarse más con la cronología seguida por Cortés. Es notable no existir en los documentos relativos á la república, noticias exten-

(1) Prescott, Conq. de México, tom. I, pág. 312.

(2) Bernal Díaz, cap. LXIII, llama al lugar Tehuacingo ó Tehuacacingo, mientras en el cap. LXVIII le nombra Tecocungapacingo, sujeto al pueblo de Zumpancingo á una legua de distancia. Gomara, pone Teocacingo; el P. Durán Tzopachtzinco; Ixtilxochitl, Tecoztzinco; Clavigero, Teoztzinco, lugar del agua divina. Según Cortés, distaba el lugar seis leguas de Tlaxcalla; Bernal Díaz, cap. LXIV, le coloca á dos leguas del campamento de Xicotencatl situado en Tecuacinpacingo. Los autores del Viage de Cortés, Lorenzana, pág. VIII, aseguran corresponder al cerro de Tzompachtepec, una legua de Texcalac, de el cual se fundó el pueblo de San Salvador Tzompantzinco, conocido hoy por San Salvador de los Comales, por construirse ahí muchas de estas vasijas de barro.

(3) Gomara, Crón. cap. XLVI.

(4) Bernal Díaz, cap. LXIII.

sas acerca del período de esta guerra. La manta de Tlaxcalla no contiene ninguna batalla contra la señoría; el cuadrete segundo menciona á Yliyocan y el tercero á Tecocac ó Tecoztzinco, mas no como sitios de batalla, sino como de amistoso recibimiento. La información de la señoría pasa á la ligera sobre estos acontecimientos, contentándose con afirmar que tras corta resistencia se ajustó la paz. El cronista Muñoz Camargo tampoco toma despacio la relación. Los tlaxcalteca pretendían hacer olvidar su brava y porfiada resistencia, recordando únicamente la constante y no interrumpida amistad pactada con los hombres blancos.

Transcurrió el dia siguiente en curar los heridos, descansar de las fatigas, adobar las ballestas y alistar almacén de saetas. Al otro dia, tres de aquel mes, así para imponer al enemigo como para proporcionarse víveres, Cortés dejó en el cerro á Pedro de Alvarado con doscientos peones y la artillería, saliendo él al campo con el resto de los infantes, la caballería, cuatrocientos cempoalteca y trescientos méxica de los de Iztacmaxtitlan; sin ser sentido de pronto cayó sobre cinco ó seis aldeas hasta de cien vecinos, tomó los mantenimientos, quemó las casas; y aunque los tlaxcalteca acudieron á la defensa, los castellanos se retrajeron al real peleando en buen orden antes de que llegara el grueso de los contrarios, y trayendo además del botín cuatrocientos prisioneros entre hombres y mujeres. (1) D. Hernando trató bondadosamente á los cautivos, hizo darles de comer y por medio de los intérpretes Marina y Aguilar se les encargó dijese á los suyos, no fuesen locos en proseguir la guerra, pues los españoles sólo querían su amistad y ser sus hermanos. A dos prisioneros principales de la batalla primera se les dió una carta con recado para los cuatro principales de la señoría diciéndoles no venían á hacerles mal ni enojo, sino sólo para pasar por su tierra é ir á México en busca de Motecuhzoma. Los emisarios fueron puestos en libertad. (2)

Al dia siguiente volvieron aquellos dos enviados. Se habían dirigido al campamento de Xicotencatl, situado á dos leguas del real, entregado á aquel jefe la misiva y dándole el mensaje; el valeroso jóven había contestado; vayan los blancos á Tlaxcalla, allá hare-

(1) Cortés, relaciones en Lorenzana, pág. 52.

(2) Bernal Díaz, cap. LXIV.

mos las paçes hartándonos con sus carnes y honrando á nuestros dioses con sus corazones y sangre; al siguiente dia llevaría la respuesta. Quedaron asombrados los castellanos con la arrogancia de la respuesta. Vista la amenaza, Cortés inquirió de los dos nobles cuanto le importaba saber, ya por medio de halagos, ya empleando el tormento. (1) Supo entónces que las tropas estaban compuestas de tlaxcalteca y otómies, si bien se ocultaba hacerse la guerra por consentimiento y á nombre de la señoría, para evitar cayese sobre ella la vergüenza de la derrota; aborrecían á los blancos por ser amigos de Motecuhzoma y tenían determinado combatirlos hasta exterminarlos, sacrificándolos á los dioses y haciendo con sus carnes un banquete celestial; preveníanse cincuenta mil hombres de pelea los más de ellos flecheros y honderos, diez mil de la parcialidad de Xicotencatl, diez mil de los de Maxixcatzin, el mismo número de Chichimecatecuhli, otro tanto del señor de Topoyanco llamado Tecapaneca y los diez mil restantes de Huexotzineo; hacía se la guerra á instigacion de Xicotencatl el anciano, y por eso se presentaría á retaguardia del ejército el pendon de la república, que era una águila de oro con las alas extendidas, con muchos esmaltes y argente-ria; daríase la batalla al dia siguiente, confesaron recibir el mayor daño de las armas de fuego, de los caballos y las espadas. Semerjantes noticias pusieron temor en los más animosos. "Y cuando "aquellos vimos, como somos hombres y temíamos la muerte, mu- "chos de nosotros y aún todos los más nos confesamos con el padre "de la Merced y con el clérigo Juan Díaz, que toda la noche estu- "vieron en oír de penitencia y encomendándonos á Dios nos libráse "no fuésemos vencidos" (2)

Por mucho que se desminuya el número atribuido á los ejércitos de los indígenas, queda siempre una cifra suficiente para esperar, bien el completo desbarato del pequeño escuadron de los vencedores, bien que á fuerza de sufrir pérdidas quedara reducido en pocos lances á la nulidad. Esas victorias de los blancos, al primer aspecto fabulosas, no se explican solamente por la superioridad de las armas, reconocen además otras muchas causas. Indicamos antes el

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VI.

(2) Bernal Díaz, cap. LXIV.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXI.

deseo de tomar vivos á los contrarios; aumentaremos ahora su manera de combatir. Aunque divididas en capitanías, acometían en una especie de columna en masa; los guerreros de las primeras filas podían usar sus armas; más los de las líneas á retaguardia, en confuso peloton, embarazaban los movimientos sin dar fuerza al empuje, eran hombres empleados inútilmente. Para las armas de fuego presentaban blanco seguro, profundidad sobrada para hacer estrago; espadas y picas tenían de continuo donde herir, sin que el frente de la columna fuera suficiente para compensar la resistencia. La muerte del jefe principal, la pérdida del estandarte, un pánico inmotivado, hacía huir sin vergüenza á los guerreros como una bandada de palomas, abandonando el campo casi al medio de una victoria segura: uno de estos motivos impidió la destruccion de los invasores en la batalla de Otompa. Aunque presentaba ventajas é inconvenientes al empleo de la fuerza unida del ejército, la táctica de los generales indios consistía en lanzar una division al combate; vencidos ó cansada entraba otra á remplazarla, de manera que no importaba cual fuese el efectivo de la tropa para hacerla valer en un punto determinado, pues sólo combatía á la vez una fraccion.

Por causa de su organizacion social hemos visto sucumbir uno tras otro los pueblos bajo el yugo del imperio, poderoso por la triple alianza, mientras los vencidos eran débiles cada uno de por sí, sin ocurrirles aumentar las propias fuerzas por medio de alianzas ó ligas. Aconteció lo mismo durante la conquista española. Cada pueblo, cada estado resistió con sus propios elementos, en tanto los vecinos, á quienes amenazaba el mismo peligro, permanecían impasibles: los esfuerzos fueron aislados, carecieron de unidad y por consecuencia de éxito. Por el contrario, cada tribu domada, acrecía el poder del vencedor; en su mano inteligente y diestra aquellos elementos dispersos se condensaban en un sólo cuerpo, para recibir una meditada direccion; la conquista de las monarquías de Anáhuac se verificó en gran parte por las naciones indígenas, con tanta mayor facilidad cuanto les allanaba el camino el imbécil y supersticioso emperador de México.

Muy temprano á la mañana del cinco de Setiembre se presentó Xicotencatl con su ejército, cual lo tenía ofrecido. Segun la costumbre caballerosa de los pueblos indios registrada con frecuencia en sus historias, envió al real trescientos pavos y doscientos cestos

de *tamalli* ó bollos de maíz con peso de doscientas arrobas, para que los blancos comiesen ántes de pelear y no dijese habian sido vencidos por falta de fuerzas. (1) Cuando el tlaxcaltecatl calculó que los castellanos habian concluido de comer, destacó dos mil de sus más valientes guerreros diciéndoles: "Id á tomar esos hombres rebo-
"sados por la mar; si se defienden, matadlos; mirad que hagais co-
"mo valientes, pues sois la flor del ejército y vais á pelear por los
"dioses y por la patria." Otomies y tlaxcatleca, arrojando sus gritos de guerra y al són de sus lúgubres instrumentos, pasaron briosa-
mente la barranca tendida casi al pié del cerro, abalanzándose so-
bre el real; á su encuentro salieron los jinetes castellanos, sosteni-
dos por algunos peones, los cuales lograron detener el ímpetu de
los contrarios y despues rechazarlos tras un corto combate. Aunque
los guerreros se retiraron, rehiciéronse de nuevo, tornando á comba-
tir con mayor furor; mas aunque hicieron soberanos esfuerzos, ven-
cidos todavía fueron arrojados, ya muy mermados, al lado opuesto
del barranco.

Por una especie de inspiracion Xicotencatl dió orden de cargar á todas las capitanías. Por una circunstancia favorable á los españo-
les, el general de los tlaxcalteca habia reconvenido al hijo de Chi-
chimecatecuhtli por su mal comportamiento en la batalla anterior,
resultado de lo cual fué un altercado y aún la propuesta de un due-
lo personal; resentido por esto aquel jóven aturdido, no sólo no obe-
decio con su capitanía á entrar á la batalla, sino que arrastró con
su mal ejemplo á los guerreros de Huexotzinco, quienes tambien
permanecieron quedos. (2) La confusa masa de guerreros de las
tres capitanías restantes, lanzando atronadores gritos con una llu-
via de flechas y pedrisco, empujó en retirada la caballería, trepó
por las laderas del cerro llegó hasta las débiles trincheras del real
y algunos guerreros saltando dentro de la defensa anduvieron á bra-
zos y cuchilladas con la guarnicion. El descabellado empeño de to-
mar vivos á los extranjeros hizo inútil tanto denuedo, pues sin lo-
grar el objeto, sólo se expusieron á recibir inmenso daño. Comba-
tieron y porfiaron durante cuatro horas prodigando inútilmente su

(1) Gomara, Crón. cap. XLVII.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXI.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 83. MS.—Prescott no cree en esta cortesía, más no por eso deja de aparecer como cierta.

(2) Bernal Díaz, cap. LXV.

sangre; al fin miraron su estrago, se apartaron un tanto de la trin-
chera para ser blanco seguro á la artillería, retrayéndose por último
á la llanura.

Tras ellos salió D. Hernando con la caballería, los infantes y
aliados y bocas de fuego. Otomies y tlaxcalteca hicieron rostro, vol-
viendo á la carga guiados por Xicotencatl. "Yo ví entónces medio
"desbaratado nuestro escuadron, que no aprovechaban voces de Cor-
"tés ni de otros capitanes para que tornásemos á cerrar; tanto nú-
"mero de indios cargó entónces sobre nosotros, sino que á puras es-
"tocadas les hicimos que nos diesen lugar; conque volvimos á po-
"nernos en concierto. Una cosa nos daba la vida, y era que, como
"eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacian mucho
"mal; y demas desto, no se sabían capitanear, porque no podían
"allegar todos los capitanes con sus gentes." (1) Aquellos intrépidos
guerreros sufrieron la matanza sin abandonar el campo, hasta ya
tarde que se retiraron á su campamento cansados, hambrientos, de-
sesperados por haber visto inútiles sus heróicos esfuerzos. (2) La
jornada fué celebrada por los vencedores con gran júbilo, y á fé les so-
braba razon; se habian salvado de un gran peligro, habian adquiri-
do la conciencia de sus propias fuerzas. En sus relaciones Cortés
nunca cuenta las pérdidas; siempre, á su decir, se salía sin daño.
Bernal Díaz confiesa un muerto y sesenta heridos, si bien á poco es-
cribe: "enterramos los *muertos* en una de aquellas casas que te-
"nían hechas en los soterraños, porque no viesen los indios que éra-
"mos mortales, sino que creyesen que éramos teules, como ellos de-
"cían." (3)

(1) Bernal Díaz, cap. LXV.

(2) Gomara, Crón. cap. XLVII.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXII. Bernal Díaz no menciona lo del asalto al real, en lo cual le sigue Prescott: Cortés, en Lorenzana, pág. 52, dice: "Otro día en amane-
"ciendo, dan sobre nuestro real más de ciento y cincuenta y nueve mil hombres,
"que cubrían toda la tierra, tan determinadamente, que algunos de ellos entraron
"dentro en él y anduvieron á cuchilladas con los españoles."

(3) Bernal Díaz, cap. LXV.